

LOS DILEMAS DE LA IGLESIA CATOLICA FRENTE AL PROCESO REVOLUCIONARIO NICARAGUENSE

César Jerez

1. Introducción.

Indudablemente Centroamérica ha alcanzado una relevancia difícilmente previsible hace seis o siete años. El Vaticano mantiene un vivo interés en los acontecimientos de esta región. La presente administración norteamericana sigue muy de cerca cuanto sucede en el área. El reciente informe Kissinger surge de esta nueva importancia. A nivel latinoamericano el grupo de Contadora representa un intento serio e independiente, que no tiene precedente, de obtener una paz negociada en la región, que se encuentra tan terriblemente desgarrada por guerras civiles. Aun cuando recientemente los tristes acontecimientos en el Líbano han desviado de nuestra región el centro de la atención mundial, puede sin embargo medirse el grado del conflicto norte-sur utilizando a Centroamérica como termómetro. De modo más marginal puede también servir Centroamérica para calibrar los cambios de temperatura del conflicto este-oeste.

La Iglesia Católica, que tradicionalmente ha sido una fuerza social en nuestros países, está jugando un papel importante dentro de este contexto. Todo el mundo se pregunta por el papel de la Iglesia Católica en Centroamérica y se tiene también, a menudo, una opinión superficial sobre ella. Se me ha pedido que hable esta tarde sobre los dilemas de la Iglesia Católica frente al proceso

Disertación tenida en inglés en el Woodstock Theological Center de Washington el 22 de Marzo del presente año 1984.

revolucionario en Nicaragua. Consecuentemente he tenido que aislar el tópico de un contexto centroamericano que es muy complejo, y esto implica caer en un cierto reduccionismo al tratar del tema. Confío, y espero no ser demasiado optimista, que este inevitable reduccionismo no me lleve a una interpretación maniquea.

Tras una larga dictadura militar de más de cuarenta años, el FSLN tomó el poder en Nicaragua, no sin haber pasado antes por un período de prolongada guerra de guerrillas y una etapa final de insurrección popular. A lo largo de casi cinco años en el poder el nuevo gobierno nicaragüense ha puesto en movimiento una revolución. Este gobierno ha iniciado una profunda transformación de la realidad nicaragüense. El proceso revolucionario ha sacudido de raíz las estructuras tradicionales de tenencia de la tierra, el sistema educativo, la distribución del ingreso nacional, el sistema de salarios, la red de asociaciones -tanto empresariales como laborales-, el sistema financiero, la organización del comercio exterior, el peso social de las grandes mayorías pobres, etc., etc. Esta transformación de la sociedad nicaragüense ha sido influenciada por los diversos "marxismos", sus teorías y sus prácticas. Sin embargo, el papel más importante en este proceso de cambio social dirigido lo han jugado **las experiencias de la historia nacional**.

Al tratar de transformar la realidad nicaragüense, el proceso revolucionario ha resquebrajado la estructura del entretejido social, y ese corte profundo ha provocado, como no podía menos de esperarse, una honda polarización entre todo tipo de grupos sociales, familias, conglomerados urbanos y rurales, comunidades religiosas e Iglesias, incluida la Iglesia Católica. Es muy posible que esta misma audiencia esté polarizada con respecto a Nicaragua, ya que muchos de ustedes están bien versados en el asunto. Una rápida inspección de la literatura disponible sobre el tópico y, quizás más todavía, un estudio de la cobertura dada por los medios de comunicación sería suficiente para mostrar claramente la fuerte polarización que acabamos de mencionar.

Ante tal situación, no es fácil mantener una discusión serena sobre los problemas implicados en el proceso nicaragüense. Incluso algunos de esos mismos problemas son producto precisamente de dicha polarización. Al término de mi charla de esta tarde podremos tener un indicio de hasta qué punto es posible discutir con ecuaníme objetividad los acontecimientos nicaragüenses. Pienso que existe un obstáculo muy serio para un debate desapasionado del te-

ma nicaragüense. Me refiero al hecho de que para los actores que juegan un papel en esta historia, el asunto es de vida o muerte, o al menos así es sentido: sus intereses emocionales y económicos están profundamente involucrados. Anteriormente indiqué una limitación del tópico de esta charla: su inevitable reduccionismo contextual. Ahora acabo de identificar una segunda limitación: una atmósfera de polarización.

Pretendo tratar el tema bajo una **perspectiva teológica práctica**. Se me ha pedido hablar en el Woodstock Theological Center sobre la Iglesia y el Estado hoy en Nicaragua, apuntando, al mismo tiempo, algunas posibles líneas para una futura solución de los conflictos presentes entre esas dos instituciones y de los que también se dan al interior de la misma Iglesia. Pudiera parecer pretencioso de mi parte aventurar una respuesta a una demanda de tan largo alcance. Creo por tanto conveniente establecer claramente que no voy a tratar **in recto** de los aspectos jurídicos, políticos, económicos o sociales de la materia. Trataré de ellos únicamente en la medida en que subrayen la perspectiva teológica práctica en que queremos centrarnos.

Soy consciente de que se podría enfocar el tema al modo de un largo catálogo de hechos conflictivos particulares a partir de los cuales pudieran deducirse conclusiones de valor aparentemente universal. Por diversas razones no seguiré ese camino. Nos llevaría a la enumeración y análisis de una serie de hechos que, aunque algunos de ellos pudieran resultar relevantes, pudieran terminar convirtiéndose en otra fuente de confusión y polarización, al prestarse a interpretaciones contrapuestas. Un enfoque anecdótico podría resultar en un catálogo de acontecimientos y personas tan interminable que nos distraería del punto focal de los problemas. Podría uno dejarse distraer por algún penoso hecho particular, por uno u otro error, por alguno de los documentos importantes existentes, por el curso de lo acontecido durante el viaje del Santo Padre a Nicaragua, por el estudio del caso del Obispo Schlaeffer, por el problema del pueblo miskito, etc., etc. La enumeración de los personajes del drama se haría interminable. Pretendo analizar la situación de la Iglesia y el Estado nicaragüenses de modo menos anecdótico, y espero que este enfoque alternativo pueda llevarnos a una mejor comprensión de los procesos nicaragüenses.

Tras esta introducción a modo de presentación de objetivo, deseo tratar sucesivamente sobre: La Iglesia ante el problema central de la justicia y la injusticia en la Nicaragua de hoy (2).

Las diversas posiciones frente a la Iglesia dentro de las instituciones sandinistas (3). Las áreas principales de conflicto (4). Una mirada hacia el futuro y algunas recomendaciones para tratar de reconciliar las posiciones polarizadas (5). Terminaré con un llamado dirigido a ustedes como fuerza capaz de ayudar a realizar este objetivo de la reconciliación (6).

2. La Iglesia ante el problema central de la justicia e injusticia en la actual situación nicaragüense.

Al dirigirme a un auditorio conocedor de la situación nicaragüense, creo innecesario detenernos en la actualidad de la secular injusticia por la que Nicaragua ha sido devastada. Cambiar radicalmente las estructuras que causaron tal injusticia es la tarea central tanto en Nicaragua como en el resto de Centroamérica. Es cierto que en el caso de Nicaragua la clamorosa injusticia se vio a veces atenuada por una generosidad paternalística, motivada en gran parte por sentimientos religiosos y humanitarios. A pesar de tales sentimientos, el poder económico se hallaba fuertemente concentrado, como lo revelan los datos sobre la tenencia de la tierra, el más importante índice de riqueza y de pobreza en Centroamérica: en 1979 el 2% de las familias nicaragüenses poseían el 46.4% de la tierra en forma de grandes latifundios, mientras que el 43% más bajo de las familias nicaragüenses tenían que arrancar su subsistencia a la tierra cultivando pequeñas e insuficientes parcelas. Antes de la revolución más del 50% de la población nicaragüense era analfabeta. La élite cosmopolita solía vivir en Nicaragua con el mismo lujo que en el resto de Centroamérica. Con excepción de algunos matices, considero que el capítulo 3 del reciente informe Kissinger refleja bien el contexto de subdesarrollo y pobreza al que me estoy refiriendo. Esa descripción, aunque superficial y deficiente, resulta útil para resaltar lo que ya conocemos: el marco de terrible injusticia que agudiza los conflictos dentro de la Iglesia y que es al mismo tiempo la clave para comprender los conflictos entre Iglesia y Estado.

Siguiendo el artículo de I. Ellacuría "Luces y sombras de la Iglesia en Centroamérica" (Managua, **Diakónia** n. 26, abril-junio 1983, pp.111-121), presentaré una tipología de las posiciones asumidas por partes y segmentos de la Iglesia Católica. A lo largo de esta charla nos fijaremos más en las aplicaciones de esta tipología al caso de Nicaragua.

El sentido de Iglesia sobre el que pretendo tratar aquí es el

expresado en el capítulo 2 de **Lumen Gentium**, la constitución dogmática del Vaticano II sobre la Iglesia. Esto significa que hablaré sobre la Iglesia, y más precisamente sobre la Iglesia Católica, en cuanto conformada por su jerarquía, clero, religiosos y religiosas, y los laicos. La Iglesia no es una parte de todo este pueblo; más bien es ese pueblo de Dios.

Los profundos cambios definidos por el Vaticano II con respecto tanto a la comprensión de la constitución interna de la Iglesia como a la relación entre Iglesia y sociedad no surgieron repentinamente. Tampoco fue así en la concreción del Vaticano II para América Latina realizada en **Medellín** (1968) y en **Puebla** (1979). Todos estos movimientos de renovación tuvieron sus precedentes. La Iglesia nicaragüense abogó en favor de estos cambios, aunque muchos sectores de esta Iglesia no fueron frecuentemente efectivos a la hora de ponerlos por obra. Generalmente surgieron las dificultades cuando los cambios exigidos comenzaron a cobrar forma dentro de la Iglesia. Es necesario tener presentes tales dificultades para comprender el origen de las diferentes corrientes dentro de la Iglesia. El crecimiento y desarrollo de tales tendencias ha dado nacimiento a una **unidad eclesial** que se ha convertido en **fuertemente conflictiva** en sí misma. Pero creo firmemente que no hay nada que dé base para interpretar esta unidad como una verdadera división de la Iglesia, sea respecto a la fe o a la comunión.

La unidad o división de la Iglesia se mide normalmente por criterios doctrinales o disciplinarios. En ninguno de estos niveles existen en la Iglesia nicaragüense serias rupturas, a pesar de la intolerancia de algunas voces que tratan una y otra vez de presentar como rupturas de este estilo lo que no son sino legítimas visiones divergentes teológicas o prácticas. Por otro lado los conflictos surgen al aparecer diferentes modos de considerar el papel y lugar social que la Iglesia debería tener dentro de la sociedad, especialmente como institución. Se manifiesta también el conflicto en la diversidad de juicios mantenidos por varios sectores de la Iglesia nicaragüense sobre el valor de los diferentes proyectos sociales con que hoy se está tratando de modelar la sociedad nicaragüense. Esto en sí mismo lleva a interpretaciones y prácticas conflictivas sobre el aspecto profético de la misión de la Iglesia. Finalmente pienso que se da también un significativo conflicto de espiritualidades. Cualquiera que sea la visión que los diversos sectores de la Iglesia puedan

mantener sobre la naturaleza del proceso nicaragüense, se dan siempre alternativas para **enfaticar espiritualmente el temor o la esperanza**, para una participación a modo de fermento en el proceso o una automarginalización crítica de él, para una posición de condena o de diálogo. La novedad del proceso de Nicaragua en la historia, la voluntad de darle una oportunidad o de rehúsarsela, podrían bien subyacer a esas contrapuestas tendencias espirituales.

Son estos tres niveles: 1) el papel de la Iglesia institucional dentro de la sociedad, 2) los juicios de valor de la Iglesia sobre los procesos sociales y 3) las reacciones espirituales a esos juicios, los que deberían considerarse para descubrir las raíces de la presente unidad conflictiva de la Iglesia nicaragüense. En su tipología Ellacuría enfatiza el segundo de estos tres niveles, el juicio de valor sobre los procesos sociales y el uso práctico de la misión profética de la Iglesia con respecto a tales procesos. E insiste en la importancia casi exclusiva que para estos juicios y prácticas tiene la percepción de la presencia o ausencia del comunismo en tales procesos. Aquí me adheriré fundamentalmente al énfasis de Ellacuría, pero me pareció relevante esbozar rápidamente las otras dos dimensiones del conflicto, aunque no las desarrolle a lo largo de esta charla.

1.1. Una considerable parte de la Iglesia, aun deseando un cambio social verdadero, experimenta serias objeciones cuando percibe que los grupos que llevan adelante este cambio social, en el caso de Nicaragua los revolucionarios sandinistas, utilizan elementos marxistas para llevar a cabo esta tarea. Aquí normalmente se enfrentan con una especie de trauma, aparentemente imposible de superar. Condenan el **Marxismo** globalmente sin hacer el esfuerzo de distinguir entre los muy diversos y muy reales marxismos teóricos y prácticos. Tampoco toman en consideración los diversos aspectos encerrados bajo la palabra **Marxismo**. ¿A qué marxismo se refieren? ¿Al marxismo económico, social, político, metafísico? Nadie dentro de este primer grupo toma en serio tales distinciones. Mucho menos se preocupan por el análisis geográfico y geopolítico de los diferentes marxismos.

Su condenación abarca, de una vez, todos estos complejos aspectos y diferencias. Todos ellos quedan cubiertos bajo una etiqueta simplista: "Comunismo". Por consiguiente su condena es total e inmisericorde. Tiene los rasgos de una reacción

visceral. Simplificando las cosas en aras de la tipificación, considero que esta posición podría resumirse en la siguiente tesis: **"Cualquier cosa antes que el Comunismo"**. Cualquier cosa, por supuesto, porque el Comunismo es intrínsecamente malo, es ateo y conduce a la lucha de clases. Al calificar así al Comunismo lo visualizan como el mal encarnado. Para arrancar la injusticia secular, no pueden tolerar, mucho menos apoyar, un sistema que, aunque aparentemente busque soluciones justas, piensan ellos que acabaría trayendo consecuencias incluso peores que la injusticia que trata de erradicar. No se puede ser débil frente a corrientes que de un modo o de otro desencadenan fuerzas cuyo resultado es el Comunismo. Juan XXIII escribió sabia y valientemente en **Pacem in Terris** que los errores humanos nunca eliminan la dignidad humana (#158) y que se deben distinguir las teorías filosóficas de las corrientes económicas, sociales, culturales o políticas, incluso si se han originado y han tomado impulso de tales teorías, porque los hombres y las corrientes sociales están siempre sujetas a evolución biográfica e histórica, y pueden reflejar fielmente justas aspiraciones humanas (#159). Por tanto, concluía el Papa, los contactos prácticos con tales hombres y tales corrientes, considerados inútiles hasta ahora, podrían de hecho ser provechosos o hacerse provechosos en el futuro. (#160). Naturalmente que tales matices de largo alcance del Papa Juan XXIII resultan a su vez inútiles para quienes demonizan a los marxistas y las corrientes sociales marxistas como absolutamente malas. Frente a semejante mal demoníaco sólo cabe la resistencia absoluta, incluso hasta sufrir la persecución y el martirio.

Este enfoque de blanco o negro sobre la situación nicaragüense, ha sido adoptado por personas que ocupan altas posiciones dentro de la estructura jerárquica de la Iglesia Católica. Aquí en este país ustedes mismos han quedado no raras veces entrapados en cierta retórica política que ha tratado de separar los sistemas políticos globales en sectores absolutamente buenos o malos con una notable unilateralidad. Respecto a Nicaragua se puede advertir que, como resultado de este esfuerzo, muy pocos tienen en los Estados Unidos el valor necesario para decir algo bueno sobre el proceso revolucionario; hasta tal punto se puede distorsionar ideológicamente la realidad. Esta posición intransigente reviste el carácter de las guerras santas, guerras que tienen que ser peleadas desde diversas trincheras. En Nicaragua la parte de Iglesia que mantiene esta

posición incluye algunos obispos, consciente o inconscientemente. Sin embargo, la experiencia histórica nos enseña que la intransigencia y la intolerancia no han sido buenos consejeros para superar los momentos difíciles e inciertos. Bajo la intransigencia de la Iglesia en Nicaragua está por ejemplo la convicción de que los sandinistas pueden y deben ser derribados del poder. Llevado por la intolerancia uno se hace incapaz de comprender qué viabilidad tiene esta manera de ver las cosas desde el ángulo político, y -lo que es más triste todavía- uno ignora los terribles costos que habría que pagar, tanto en pérdida de vidas humanas como en destrucción incalculable de los medios de vida nicaragüenses y, lo que es más grave, sin tener en cuenta los deseos de la mayoría del pueblo.

Quien quiera que en la Iglesia nicaragüense condene el proceso revolucionario como "comunista" enfatiza que los actuales regímenes comunistas han sido siempre muy hostiles en contra de la Iglesia. Algunos de ellos ven esta hostilidad ya presente en Nicaragua y ven la Iglesia perseguida. Otros apuntan que los sandinistas no están todavía consolidados en el poder, pero consideran cierto que tan pronto como tenga lugar esta consolidación la persecución de la Iglesia por parte del Estado será un hecho. Los que mantienen esta posición se refieren constantemente a la auto-identificación de la Dirección Nacional del Frente Sandinista como marxistas leninistas, abogados por tanto a una clara y directa confrontación con la Iglesia. Los sandinistas, afirman, no se atreven todavía a perseguir abiertamente a la Iglesia porque la mayoría religiosa del pueblo nicaragüense no toleraría esos procedimientos en el Estado. Así, por el momento, los sandinistas esperan pacientemente, tratando al mismo tiempo de infiltrar la Iglesia, de inculcar a la juventud, y enmascarar sus intenciones reales bajo la cobertura del diálogo. Para esta parte de la Iglesia nicaragüense la estrategia del Estado "sandino-comunista" es clara como el cristal. De ahí la inevitable confrontación. Hasta se puede esperar que la presente fórmula para tener elecciones en 1984 será considerada por algunos eclesiásticos en Nicaragua como totalmente insuficiente (tales fueron ya las palabras del presidente de la conferencia de Obispos), enmarcada como está por esta posición predeterminada. No se les concederá el beneficio de la duda.

Dentro de esta parte de la Iglesia nicaragüense se puede descubrir un pequeño pero poderoso sub-sector, ligado claramente

a movimientos de la extrema derecha. Tales movimientos son por supuesto de naturaleza política, y en otros países de Centroamérica han sido relacionados con los infames "escuadrones de la muerte".

1.2. Hay otra parte de la Iglesia nicaragüense, cuya posición puede ser caracterizada, en mi opinión, con un lema como el siguiente: **"Ni esta solución ni la otra"**, ni la presente terrible situación ni otra que se parezca al Marxismo. Por supuesto que se oponen a la injusticia secular y no la aceptarán ni siquiera para prevenir el Marxismo. Por el contrario, proclaman la necesidad de luchar contra la injusticia, insistiendo sin embargo que el establecimiento de un régimen marxista traerá más mal que bien. Se adhieren a la "opción preferencial por los pobres" levantada como bandera por los Obispos latinoamericanos en Puebla, pero consideran anticristiano cualquier sistema que lleve al odio o a la lucha de clases. Comparten la posición del primer grupo de que cualquier clase de marxismo está casi inevitablemente unido al odio y a la lucha de clases. Con todo, esto no justifica la defensa de la presente injusticia como un mal menor. El mayor problema para este grupo consiste en encontrar un auténtico camino para salir de este dilema.

En el caso de Nicaragua este grupo afirma claramente que no quieren la vuelta al sistema de Somoza; no aceptan un capitalismo crudo con una dependencia excesiva de los Estados Unidos, pero tampoco aceptan el régimen sandinista. A nivel centroamericano, ha sido característica de este grupo condenar globalmente la violencia "venga de donde venga". Esta afirmación podría tener valor si estuviera acompañada por una no-violencia activa. El problema con ella es que generalmente no va acompañada ni por tal acción ni por un esfuerzo racional por tratar de descubrir las estructuras y dinamismos que generan tal violencia. Más bien este grupo apunta con frecuencia a la violencia de izquierda con mayor rigor que a la violencia de derecha o estructural. Con respecto a Nicaragua, no hemos visto todavía una declaración oficial de la Conferencia Episcopal condenando la violencia contrarrevolucionaria y el respaldo que reciben de las operaciones "encubiertas" de los Estados Unidos.

Los defensores de esta posición dentro de la Iglesia se sienten cómodos cuando tienen que enfrentarse con las injusticias de un régimen establecido. En tales situaciones pronuncian una palabra cristiana de denuncia. Esto no es poco. Pero como

acabo de decir, su problema surge cuando regímenes estructuralmente injustos son combatidos por movimientos revolucionarios que resultan sospechosos para ellos desde su perspectiva eclesial. Entonces la gente pide a este grupo de derecha algo concreto para poner carne y hueso en su pretendida "tercera vía", y especialmente pide que indiquen las fuerzas concretas sociales y políticas capaces de llevar a cabo esta vía. Ciertamente que abogan por la justicia, la libertad, la fraternidad y la democracia. La cuestión clave, sin embargo, si se quiere apuntar a opciones políticamente viables y no solamente a ideales morales, sería aclarar si piensan que sus opciones son realmente viables o no en nuestra sociedad concreta.

Al tratar de analizar la posición de este tipo, se debe recordar una vez más la ausencia del contexto centroamericano dentro del análisis. El enfoque de este segundo tipo es aún más difícil de concretar en los casos de Guatemala y El Salvador.

1.3. Otra parte de la Iglesia nicaragüense, en mi opinión una auténtica parte del pueblo de Dios, mantiene la posición de que es posible una presencia cristiana dentro del proceso revolucionario. Piensan que el pueblo de Dios en Nicaragua ha ganado incluso el derecho a esta presencia por medio de la gran contribución, en cantidad y calidad, que los cristianos han hecho a la lucha revolucionaria y siguen haciendo al proceso revolucionario. Al caracterizarse este grupo, creo que su forma de concebir el papel de la Iglesia podría resumirse de la siguiente manera: **"vale la pena correr riesgos para evangelizar la nueva situación"**. Ellos no ignoran los aspectos marxistas presentes en el proceso revolucionario de Nicaragua. Pero afirman que esos aspectos no resultan en una adhesión ortodoxa del régimen sandinista a procesos actuales de socialismo realmente existente. Piensan que los revolucionarios sandinistas prestan mucha mayor atención a la historia nacional que a un marxismo doctrinario. Y así ven a Nicaragua como una encrucijada crucial, incluso quizás como el comienzo de la creación de algo nuevo desde el punto de vista de los países del Tercer Mundo, respecto a soluciones políticas. Dentro de este contexto no perciben a los sandinistas como gente sistemáticamente hostil a la religión de la mayoría de la sociedad nicaragüense o a la Iglesia. Quieren correr el riesgo de ser una presencia crítica dentro del proceso revolucionario.

Esta parte de la Iglesia ha elegido reestructurarse masivamente y también por medio de pequeñas comunidades de base entre

las mayorías nicaragüenses. Piensan que la "opción preferencial por los pobres", que debería ser tomada seriamente, lleva a aceptar las fuerzas políticas revolucionarias que han obtenido en Nicaragua una oportunidad histórica para rescatar la Nación desde la perspectiva de los intereses de las mayorías del pueblo previamente oprimidas y empobrecidas. Por supuesto que ven las iniciativas concretas de la Revolución como ensombrecidas por limitaciones muy concretas. Ciertamente que no pretenden opacar las diferencias trascendentales entre Reino de Dios y proceso revolucionario. Sin embargo, tratan de considerar las iniciativas revolucionarias con objetividad, esto es dentro del contexto de subdesarrollo general y de presiones internacionales de toda clase.

Para gente de Iglesia que ha escogido esta perspectiva, el primer derecho humano del pobre es el derecho a la vida. Para poder satisfacer las condiciones mínimas indispensables para hacer de este derecho vida real, hay que aceptar limitaciones de otros derechos menos fundamentales. Esto es aceptado realísticamente, aunque con reluctancia, y no se hace de ello un **casus belli**. No se insiste en el derecho a una libertad irrestricta, si la falta de nutrición y de infraestructura sanitaria pone en peligro la vida del mismo ser humano que tiene el derecho a la libertad política. Se establecen escalas de prioridades y se busca primero lo básico de la vida. Esta es la dura condición que se debe tener en consideración cuando se trata de valorar lo que sucede en Nicaragua desde la perspectiva de un Primer Mundo sumamente confortable. Uno debería también esforzarse por considerar el proceso revolucionario de Nicaragua desde el punto de vista de la mayoría pobre de la población, y no desde la perspectiva de la pequeña élite que en el pasado ha gozado sin restricciones de la riqueza de este país subdesarrollado. Tal esfuerzo no debe implicar de ninguna manera ni odio ni resentimiento social; solamente toma muy en serio la exigencia cristiana de justicia.

La gente que considera viable este papel de la Iglesia lo entiende de acuerdo al modelo de la presencia de la levadura en la masa, creen que es posible actuar como luz y sal, de acuerdo al mandato del Evangelio, en la nueva realidad de Nicaragua. Piensan también que pueden denunciar evangélicamente los errores cometidos por la revolución, y al mismo tiempo tratar de contribuir a su corrección.

Este enfoque no se contenta con buenas intenciones. Por supues-

to que no puede ser sostenido ligeramente, y mucho menos puesto en práctica sin problemas, especialmente cuando el apoyo crítico debe darse desde las mismas estructuras de poder.

Este grupo esperanzado, presente también en otros países de Centroamérica, acostumbraba a llamarse a sí mismo "Iglesia nacida del pueblo" o "Iglesia popular". Han dejado de utilizar esta designación tanto por la desconfianza del magisterio hacia su posible ambigüedad como porque los grupos de la derecha eclesial han utilizado tal denominación con fuertes tonos emocionales. De hecho los grupos eclesiales de derecha, así como la derecha política conservadora, hablan y escriben sobre la "Iglesia popular" de una manera tan hostil, que uno incluso tiene a veces la impresión de que distorsionan el carácter de los grupos eclesiales que están detrás de lo que ellos insisten en llamar "Iglesia popular", para poder así tener un blanco fácil de atacar y del que distanciarse. De este modo los ultraconservadores tratan de aparecer como la única Iglesia fiel.

Por otro lado, quienes se adhieren a la visión de la Iglesia como "Iglesia de los pobres" no desean de ningún modo una Iglesia sin jerarquía. Reconocen más bien que existen dentro de la Iglesia diferentes funciones y carismas, entre los cuales se encuentra el carisma de pastores y guías. Pero, puesto que su visión del papel de la Iglesia dentro de la sociedad no es el de una institución poderosa cuyo interlocutor por antonomasia sea el Estado, subrayan fuertemente la naturaleza de la Iglesia como pueblo de Dios, cuyos primeros ciudadanos son los pobres. Dentro de las estructuras de esta Iglesia no existe únicamente disciplina y obediencia, sino por encima de todo escucha de la Palabra y docilidad al Espíritu, que se traduce en una adulta comunidad eclesial carismática y profética.

Debo de admitir que dentro de esta parte de la Iglesia existe también un grupo que ha cometido errores de la índole denunciada por los del primero de los tipos mencionados en esta charla. No me estoy refiriendo al pequeño grupo de sacerdotes que ocasional o permanentemente han asumido delicadas tareas de carácter estrictamente político. Mi punto de vista es que debemos tratar estos pocos casos como excepciones, como situaciones fronterizas, y que deben ser enfocados como tales dentro de los términos establecidos por la teología moral y el derecho canónico. Me refiero más bien a instancias de ciega sumisión a los planes o directivas políticas, así como también a las dudo-

sas identificaciones hechas entre procesos revolucionarios y Reino de Dios. Estos errores prácticos han ensombrecido a veces la singularidad de la misión de la Iglesia y la identidad eclesial de algunos de sus miembros. Sin embargo, lo que de hecho es sumamente raro y ciertamente no sustentado ni intencional ni teológicamente, ha sido generalizado irresponsablemente mediante acusaciones muy graves contra esta entera porción de la Iglesia: "politizada", "manipulada por el Frente Sandinista", "grupos eclesiales infiltrados por los marxistas", "más obedientes a los comandantes sandinistas que a los obispos", "tontos útiles", etc., etc.. Estas son algunas de las acusaciones lanzadas contra aquellos que tratan de tomar partido por una Iglesia verdaderamente de los pobres. Teniendo presente la actual polarización existente, pueden quizás ustedes imaginarse la dureza de los ataques no sólo contra aquella facción que pudiera prestarse a equívocos, sino también contra la totalidad de este sector de la Iglesia, que en definitiva, a juicio de la derecha, sería culpable incluso de herejía.

Quiero repetir que al establecer una tipología no puede evitarse el problema de la simplificación exagerada. Ni siquiera se han tocado todos los aspectos considerados al delinear la tipología. Además hay muchos matices a través de los cuales la realidad se escapa a las tipologías. Si se tomasen en cuenta cuestiones morales, doctrinales, teológicas, disciplinarias, y muchas otras que se podrían anumerar, para poder matizar mejor las cosas, algunos al menos de los problemas aparentemente insolubles desaparecerían simplemente como errónea o deficientemente planteados. En tiempos especialmente tensos, la propaganda internacional o la confrontación interna contraponen entre sí a los miembros del primer tipo de Iglesia y aquellos a los que me he referido aquí como facción del tercer tipo. A menudo, análisis descuidados o apasionados tienen por finalidad alimentar la hostilidad entre el primero y el tercero de los sectores de la Iglesia. Su objetivo subyacente es aún más serio: empujar al segundo sector a alinearse con el primero.

3. Tendencias diversas dentro de las Instituciones sandinistas frente a la Iglesia.

En la sección anterior de esta charla he tratado de establecer los términos de los "dilemas" desde el interior de la Iglesia.

De ningún modo he tratado de ignorar o encubrir el penoso hecho de lo que he llamado "unidad conflictiva".

Voy ahora a esbozar el panorama desde el otro lado del conflicto. Esto plantea la siguiente pregunta: ¿Cuál es la postura sandinista ante la religión y la Iglesia? ¿Cómo se traduce esa actitud en práctica política e ideológica? Trataré de dar una respuesta honrada, aunque breve, a estas cuestiones.

Saben ustedes bien que existe un pronunciamiento oficial de la Dirección Nacional del Frente Sandinista, publicado en Octubre de 1980, que es una toma de posición bastante detallada y de amplias repercusiones sobre la religión y la Iglesia. Al mismo tiempo que se publicó este pronunciamiento el secretario del Frente dirigió a sus miembros una carta oficial explicando que la posición contenida en el documento era políticamente obligatoria para todos los miembros del partido. Posteriormente esta posición fue ratificada al menos en dos ocasiones específicas respecto a las relaciones entre Iglesia y Estado: una de ellas al final de la visita papal a Centroamérica, que en Nicaragua tuvo un carácter dramático. No hay nada que permita a un honesto observador de la situación nicaragüense concluir que la posición mantenida por los sandinistas no sea seria.

El pronunciamiento en sí mismo se asemeja a uno de esos acontecimientos que hacen historia. Es en verdad la primera declaración de un movimiento político de inspiración marxista que **desde el poder** afirma que la religión es no solamente un derecho de conciencia para cada ciudadano del Estado sino también que en la reciente historia nicaragüense la fe cristiana ha demostrado ser una fuerza activa a favor de la justicia, incluso a nivel de las Iglesias institucionales. Con este juicio sobre acontecimientos históricos el documento contradice expresamente las afirmaciones teóricas que apuntan a la naturaleza alienante y reaccionaria que siempre tienen las creencias religiosas.

Por supuesto que un pronunciamiento siempre es un pronunciamiento y que el peso recae sobre la práctica política de la posición oficial. Por eso resulta útil examinar de cerca la práctica sandinista con respecto a la religión y a las Iglesias.

3.1 Vamos a proceder de nuevo recurriendo a una tipología. Se dan en el Frente Sandinista quienes firmemente se adhieren a la interpretación dogmática de los puntos de vista marxista-leninistas sobre la religión, tanto teórica como prácticamente.

Estos mantienen precisamente aquello que el Frente Sandinista rechaza oficialmente, es decir, que la religión es siempre alienante y reaccionaria. Se incluyen aquí aquellos que sin embargo respetan la disciplina del partido y guardan sus propias ideas para sí mismos. Otros posiblemente antúan, al menos a veces, de acuerdo a sus propias creencias. Cuando lo hacen, los conflictos con personas religiosas y con las Iglesias son inevitables. Pero tales doctrinarios parecen ser una pequeña minoría dentro del partido. Ciertamente no tienen vara alta en la Dirección Nacional sandinista, que en esta materia de la religión, tanto como en otras áreas habitualmente controvertidas entre los llamados revolucionarios marxistas, tiende a apoyar un camino medio, por ejemplo, de economía mixta, pluralismo político, y no alineamiento.

3.2. Hay otros que teóricamente se adhieren a las tesis ortodoxas marxistas. Creen sin embargo que no tiene sentido luchar contra la religión, y por tanto contra las Iglesias. Piensan que el desarrollo de los procesos revolucionarios con sus tendencias hacia la secularización reducirán lentamente el impacto de la religión en la mentalidad del pueblo. Mientras un proceso cultural general en la dirección del desarrollo de la ciencia y de la mentalidad tecnológica no siga su curso, sería inútil tratar de afectar los sentimientos religiosos del pueblo artificialmente. Así normalmente se abstienen de enfrentamientos con la religión y con las Iglesias.

3.3. Otros, un tercer tipo dentro del Frente Sandinista, han tenido una tradición religiosa en sus familias, como la mayoría de la población latinoamericana. Sin embargo, ya sea por el hecho de que han quedado desilusionados con la Iglesia Institucional o simplemente porque el trabajo de la revolución tiene la capacidad de absorberlos en alma y vida, han dejado de lado la religión y la asistencia a la Iglesia, al menos por un tiempo. Piensan que hay otras prioridades en este tiempo particularmente excitante de su historia nacional.

3.4. Hay un cuarto tipo de gente que mantienen sus sentimientos religiosos y nunca han dejado de abrazar la fe católica. Están sin embargo confundidos, quizás incluso alejados de la práctica sacramental, si se exceptúa apenas el bautizo de sus hijos. Como militantes sandinistas están firmemente convencidos de que el proceso revolucionario nicaragüense ofrece por primera

vez dignidad espiritual y material al pueblo oprimido y empobrecido del país. No pueden comprender la reticencia, mucho menos los ataques, de una gran parte del clero de la Iglesia Católica contra ese mismo proceso revolucionario. Su reacción se manifiesta en abstención de la práctica sacramental y alejamiento de los grupos eclesiales.

3.5. Finalmente se da también gente afiliada al Frente Sandinista que mantienen viva una fe ardiente y reafirman su indeclinable esperanza por medio de una firme decisión de participar en todos los aspectos de la vida de la Iglesia. Su conciencia cristiana y revolucionaria se expresa a través de su convicción de que no existe contradicción entre ser cristiano, un activo miembro del pueblo de Dios, y ser revolucionario sandinista. Es precisamente contra este grupo que otros miembros de la Iglesia levantan violentamente la acusación de que son una quinta columna del marxismo dentro de la Iglesia. Su posición dentro de la Iglesia no es nada fácil, ya que ciertamente no gozan de la simpatía pastoral de varias autoridades jerárquicas. Sin embargo se sienten consolados por la adhesión firme a lo que ellos creen es el mandato de Jesucristo: "Ustedes son la luz del mundo, ustedes son la sal de la tierra". Su presencia testimonial cristiana en el corazón de un proceso revolucionario en el poder es históricamente casi única y ha conmovido las posturas convencionales de los revolucionarios marxistas ortodoxos en Latinoamérica y Europa. Por supuesto que no me estoy refiriendo solamente al muy conocido -y muy reducido- número de sacerdotes de los que he hablado ya como de casos excepcionales, me estoy refiriendo a hombres y mujeres laicos, de muy diversas edades, de extracción social tanto popular pobre como acomodada. Algunos de ellos se han asociado en comunidades de base, precisamente para madurar su fe.

Este es el espectro de tendencias dentro del Frente Sandinista con respecto a la religión y a la Iglesia. Sería pura especulación aventurar números o porcentajes que cuantifiquen los tipos que acabo de describir. Pero pienso que la mayoría se encuentran repartidos entre el tercero, cuarto y quinto de ellos. Creo que esta es precisamente la razón por la que en Nicaragua se dan hoy muchas instancias de confrontación entre la Iglesia y las instituciones revolucionarias, y sin embargo se mantiene hasta ahora una constante búsqueda de diálogo. La explicación más profunda de esto es el respeto de las instituciones revolucionarias, hablando

en general, por la conciencia y afiliación católica de la gran mayoría del pueblo. Podría esto atribuirse a realismo político. Pero por otro lado, se da el hecho de que gente muy religiosa se encuentra asociada a los líderes en la construcción de las instituciones revolucionarias. Esto por supuesto pide una actitud prudente y cautelosa cuando los líderes sandinistas tienen que juzgar políticamente sobre la conciencia religiosa y eclesial del pueblo nicaraguense.

4. Areas de conflicto.

En la vida social y política de Nicaragua existen puntos álgidos en los que el conflicto entre la Iglesia y el Estado o la unidad conflictiva dentro de la Iglesia se experimentan con especial intensidad. Claro está que no pueden mirarse aisladamente, ya que frecuentemente se interrelacionan.

4.1. La religión en sí misma. La religión es en Nicaragua preocupación de todo el mundo. Hasta cierto punto en Nicaragua hoy todo invade la religión y la religión lo invade todo. Es similar a la experiencia tenida en la ciudad de Puebla en 1979 durante la III Conferencia de los Obispos Católicos de América Latina, cuando los periódicos publicaban titulares sobre la influencia de los documentos de la Conferencia sobre casi todos los aspectos de la vida latinoamericana, y cuando el pueblo incluso marchó a través de las calles de la ciudad para expresar sus preferencias en favor o en contra de la teología de la liberación, como si hubieran revivido entre nosotros los tiempos de los Concilios de Nicea y Efeso. Esto desde luego muestra la importancia que la religión tiene en América Latina. Pero la otra cara de la moneda es la frecuencia con que personas de muy diversos intereses políticos tratan de manipular o de ideologizar la religión. Cuando incluso asuntos políticos y sociales son tratados **indiscriminadamente** en nombre de Dios, resulta difícil controlar las pasiones y mantener la serenidad. En último término toda postura política busca una palabra de apoyo de parte de la Iglesia.

4.2. La disciplina de la Iglesia. La disciplina eclesial se ha convertido en espacio de resonancia para la unidad conflictiva de la Iglesia o para los conflictos entre Iglesia o Estado. Se han tomado medidas disciplinarias contra sacerdotes o religiosas que, según la manera de ver de algún obispo, serían mas fieles al sandinismo que al catolicismo. Se dan o se quitan las licencias eclesiásticas, se concede o no permiso canónico para las casas religio-

sas, se otorgan o se remueven parroquias a sacerdotes, a menudo en base a criterios en que se confunden los asuntos pastorales y políticos. Uno de los problemas más espinosos consiste en la vaguedad con que algunos obispos definen lo que es o no trabajo pastoral. A veces congregaciones religiosas que trabajan en educación superior o en investigación encuentran problemas en este área: no se les considera como realizando un trabajo apostólico.

Por otro lado las organizaciones populares de masa elevan frecuentemente sus voces e incluso se manifiestan públicamente en favor de aquellos sacerdotes o religiosos que consideran han sido discriminados o amenazados con medidas disciplinarias. Esa clase de participación apasionada por parte del pueblo organizado ha dado lugar a acusaciones de manipulación por parte del Estado de "turbas incontroladas" dentro de los asuntos de la Iglesia. Además, cada uno de estos incidentes es reportado ampliamente por el periodismo internacional y se convierte en fuente de desprestigio para el proceso revolucionario. Estas manifestaciones callejeras han sido señaladas como pruebas de persecución en contra de la Iglesia. Curiosamente todos estos hechos caen pronto en el olvido, debido principalmente a la falta de consistencia de las bases que los originaron, y uno se queda a la expectativa del próximo capítulo de la serie. Sin duda que se dan con frecuencia errores objetivos por parte de las organizaciones de masa, que están tras algunos de los incidentes. Pero hay que reconocer con mayor frecuencia los abusos de la autoridad eclesial y una cierta falta de proporción entre el impacto real de esos acontecimientos y la reacción que suscitan.

Dentro de este contexto nos encontramos con otro inconveniente: el asunto de los sacerdotes en cargos públicos o en organizaciones del partido. La ley de la Iglesia prohíbe claramente a los sacerdotes asumir tales responsabilidades (Cfr. CIC 285-287), admitiendo únicamente excepciones muy específicas. Me parece también obvio que el Papa Juan Pablo II no quiere que estos sacerdotes permanezcan en sus cargos. Por otro lado el gobierno nicaragüense piensa que, tras haber enviado tres misiones especiales al Vaticano, el asunto ha sido suficientemente negociado y no debe ser replanteado, al menos mientras dure el estado de emergencia en Nicaragua. Dado que este estado de emergencia no es simplemente asunto de definición jurídica, sino que es una situación de emergencia nacional, y siendo la definición de emergencia algo sobre lo que no hay acuerdo, todo el caso sigue siendo objeto

de disputa. Intentos de la autoridad eclesiástica de adecuar con el nuevo derecho canónico la práctica eclesial pudieran reavivar en el futuro este punto conflictivo.

La forma deficiente como se ha manejado todo este asunto disciplinar ha resultado en el deterioro de la autoridad dentro de la Iglesia nicaragüense, deterioro que crece de día en día, sobre todo en algunas diócesis. Nadie sabe hoy con certeza cuántos se someten dentro de la Iglesia a normas que consideran arbitrarias. Además, las sectas fundamentalistas se aprovechan a diario de esta situación de confusión. A causa de esto y por razones puramente administrativas uno esperaría que el Vaticano interviniera en la forma de mediador razonable con el fin de restablecer unas sanas relaciones entre los sectores de la Iglesia. La mutua tolerancia debería, en mi opinión, ser la orden del día en la Iglesia nicaragüense.

4.3. Aspectos Doctrinales. Algunos de los puntos que hacen conflictiva la unidad dentro de la Iglesia nicaragüense son de naturaleza doctrinal o teológica. Casi ninguno de ellos toca materias dogmáticas, aunque no falta interés dentro de las opciones más radicales por presentar estos conflictos como dogmáticos. Un buen ejemplo podría ser el papel de la Iglesia jerárquica: hay quienes proclaman la identidad entre el Obispo y Jesucristo sin ninguna matización teológica. Hay quienes también, en perfecta armonía con la posición anterior, tratan de establecer la obligación cristiana de seguir las opiniones del Obispo en el campo autónomo de los proyectos sociales y políticos como parte esencial de la fe de la Iglesia. Podría multiplicar las citas en este campo mostrando de qué manera tan inconcebible se ha ampliado el campo de la obediencia cristiana a los Obispos. Una reacción típica en el otro extremo ha sido el intento de minimizar el importante papel pastoral de los Obispos dentro de la Iglesia. En el otro extremo del espectro me he referido ya a quienes intentan identificar Reino de Dios y proceso revolucionario.

4.4. La juventud. Los jóvenes son otro motivo de conflicto. Representan el futuro de la Iglesia y del país, mucho más en Nicaragua y en otros países latinoamericanos que en otras partes del mundo. Más de las dos terceras partes de la población nicaragüense tienen menos de 24 años. Además de esto la revolución ha sido en primer lugar obra de gente que está por debajo de los 30 años y la mayoría de la juventud se ha adherido a las tareas revolucionarias y a sus ideales desde la victoria. Hay mucho fer-

mento entre la juventud, tanto ideológica como políticamente. En la juventud urbana no se da esa madurez religiosa más propia de los adultos; por eso la participación eclesial ha quedado resentida entre los jóvenes con mucha más frecuencia que entre los adultos, como resultado de la reticencia de la jerarquía frente a la revolución.

Dentro de nuestra cultura las clases media y alta han sido siempre extremadamente sensibles frente a todo lo que afecta a sus hijos. Dentro de este estrato, más bien pequeño, de la población nicaragüense se escuchan frecuentemente acusaciones de indoctrinación ideológica en el campo de la educación pública, y temores sobre si la Iglesia será capaz de mantener su sistema de educación católica o no. Ni las repetidas afirmaciones de respeto que el Ministro de Educación ha hecho respecto a la educación católica ni la actual libertad que prevalece en muchas escuelas católicas han sido suficientes para aplacar esos temores. La presencia de asesores cubanos en la educación superior es también un asunto conflictivo, puesto que lo que está en juego es la orientación culturalmente autónoma de la vida universitaria. Ciertamente que la Iglesia ha entrado siempre en las lides educacionales en todas las partes del mundo. Así está sucediendo también en Nicaragua.

En relación a la juventud tenemos también el asunto del servicio militar patriótico, convertido en ley en agosto último. De acuerdo a la mayoría de los Obispos sería inmoral exigir a los jóvenes servir en un ejército que, en su opinión, se adhiere más al Frente Sandinista que a la nación. Sin embargo para los legisladores revolucionarios existe un consenso nacional sobre la necesidad de transformar la sociedad nicaragüense y tal necesidad no puede ser satisfecha sin un ejército revolucionario, como el caso del Chile de Allende lo prueba trágicamente. Lo que la Ley considera que está en juego es la soberanía nacional en cuanto rescatada por los pobres a través de la revolución. De ahí la obligación del servicio militar. Por supuesto que los hijos de las clases media y alta nunca tuvieron que servir en el ejército en la Nicaragua pre-revolucionaria, como tampoco lo hacen en Guatemala y El Salvador actualmente. Algunos de ellos han abandonado ya Nicaragua, presa de un pánico bastante dudoso. De hecho los ejércitos en Centroamérica, con la excepción de los oficiales, han estado compuestos por campesinos pobres reclutados a la fuerza indiscriminada y periódicamente en las poblacio-

nes rurales. Solamente a ellos se les aplicaba el servicio militar obligatorio.

4.5. La seguridad del Estado. La seguridad del Estado se ha convertido en otro campo de conflictos. En una situación de guerra, empeorada por el bloqueo económico y por las distorsiones propagandísticas, las operaciones "encubiertas" norteamericanas y los ataques contrarrevolucionarios continúan causando la muerte de muchos ciudadanos nicaragüenses (casi mil en 1983) y considerable destrucción de la infraestructura productiva del país. La seguridad del Estado trata de prevenir el desarrollo de frentes internos o quintas columnas. Dentro de este contexto el permiso de residencia les ha sido suspendido a algunos sacerdotes extranjeros. El procedimiento ha sido entregar a esos sacerdotes a las embajadas de sus países y cancelar sus permisos tras acusarlos de conspirar con los contrarrevolucionarios o de incitar al pueblo a actos contra el gobierno.

De cara a estos hechos una parte de la Iglesia ha acusado al estado de persecución contra la Iglesia y ha censurado a otros sectores de la Iglesia por no defender a sus hermanos cristianos contra la persecución o -todavía peor- por consentir en actuar como miembros de la misma seguridad del Estado contra sus propios hermanos. Cuando algo así ha sucedido, la unidad conflictiva dentro de la Iglesia nicaragüense ha alcanzado su más alta tensión. En esos momentos muy pocos miembros de la Iglesia descrita en el primero de los tipos ha permanecido con suficiente calma como para recordar que en la Nicaragua revolucionaria, a diferencia del actual El Salvador o Guatemala, ningún delegado de la palabra, ningún catequista, ningún religioso o religiosa, ningún sacerdote, ningún Obispo han sido asesinados por el gobierno y todos los trabajadores pastorales extranjeros obtienen sus permisos de residencia con mucha mayor facilidad que en esos países.

4.6. Competencia entre Iglesia y Estado por los líderes laicos. Generalmente hablando, y en algunas diócesis rurales mucho más que en otras predominantemente urbanas, la Iglesia Católica ha hecho un gran esfuerzo en preparar hombres y mujeres laicos como líderes pastorales. Hay catequistas, delegados de la palabra, diáconos, dirigentes de las comunidades de base, etc.. Normalmente son personas de considerable prestigio dentro de sus propias comunidades locales. Al mismo tiempo las organizaciones populares revolucionarias, los batallones de milicianos, incluso el Frente San-

dinista, buscan reclutar a esa misma gente de prestigio para otorgarles liderazgo y difíciles responsabilidades. Esos agentes pastorales son capaces ciertamente de ejercer influencia cristiana dentro de esas cruciales posiciones políticas y civiles, pero sus nuevas responsabilidades absorben la mayor parte de su tiempo, con la consiguiente pérdida de trabajo directo de evangelización. La organización pastoral eclesial pierde -o gana, dependiendo de la perspectiva con que se mire- laicos especializados. En algunas parroquias y hasta diócesis, la Iglesia experimenta este vuelco como privación de su personal mejor preparado y más generoso.

Podríamos multiplicar el catálogo de campos conflictivos. Quizás he omitido algunos que ustedes juzgan importantes. He tratado de centrarme en aquellos puntos conflictivos de naturaleza más general y que, en mi opinión, afectan a la Iglesia o al país como un todo. Por esta razón no he mencionado el problema miskito, por ejemplo. Este y otros casos de gran resonancia internacional pueden, si les interesa, ser tratados en el tiempo de discusión.

5. Una mirada hacia el futuro y algunas recomendaciones.

Al enfrentarme con la complejidad de la situación he hecho algún esfuerzo por diseñar algunos pasos que conduzcan a soluciones. Podría parecer arrogante tal intento, proviniendo de una sola persona. Me mueve una preocupación pastoral, no política. Mi amor a la Iglesia me impulsa a superar la timidez y tratar de buscar caminos de solución a este espinoso problema de la penosa y conflictiva unidad de la Iglesia nicaragüense. Argüirán quizás algunos que el mismo planteamiento del problema ha sido ya hecho por mí en forma prejuiciada. No hacerlo así quizás resulte un sueño imposible en la Nicaragua de hoy. Para mí es más importante haber tratado de enfocar todos los problemas desde la óptica del Evangelio y con apertura y serenidad. Se podrían haber expuesto los problemas en forma mucho más dramática. Ciertamente que valoro todo intento de enfocar la unidad conflictiva de la Iglesia sin ciega subjetividad como un paso inicial hacia el alivio de la tensión.

5.1. Un primer paso hacia futuras soluciones consiste en un **análisis calmado y profundo** de lo que está sucediendo actualmente. La gente ha tomado ya partido y es necesario un análisis tranquilo y riguroso para hacer posible el discernimiento cristiano, sin el que ningún problema eclesial puede solucionarse adecuadamente. Realismo, cierto distanciamiento emocional y amor cristiano

son los ingredientes necesarios para comenzar a resolver las tensiones.

5.2. Los resultados del análisis de la situación general y de cada uno de los puntos de conflicto deberían después ser llevados a un **diálogo abierto y sincero** en el que estuvieran incorporados representantes de la mayoría pobre de los católicos de Nicaragua. En la actualidad falta confianza mutua dentro de la Iglesia y entre una parte de la Iglesia y el Estado. Sin confianza y credibilidad resulta casi imposible un diálogo que busque solucionar los problemas. Debemos aceptar de antemano errores e incompresiones; no deberían ser obstáculo para un deseo profundo de mutua comprensión y escucha. Ninguna parte de la Iglesia debería ser excluida **a priori** de participar en este diálogo entre sectores de la Iglesia; ni deberían la Iglesia o el Estado excluir **a priori** a algún sector del otro del diálogo entre ambos. De ninguna manera se puede satanizar al interlocutor; precisamente es lo que pienso han hecho los grupos derechistas en Nicaragua y en todo el subcontinente latinoamericano. La tolerancia cristiana y humana es indispensable, a menos que se quiera cargar con el envenenamiento de los conflictos y su endurecimiento final hasta rupturas irreversibles. Dos cosas me preocupan a este respecto: la intransigencia de la derecha cristiana y la creciente actitud de prescindencia de la juventud nicaragüense católica en relación a la jerarquía. Finalmente, pienso que para comenzar el diálogo no bastan la apertura y sinceridad, sino que hace falta también una generosa capacidad de **olvidar y perdonar**. En este contexto, la tendencia que se da hacia la lucha de clases no debería convertirse en un temor, sino más bien en un reto para la gente de Iglesia. No es ignorando esa tendencia como puede lograrse la reconciliación, sino precisamente reconociéndola y tratando de superar sus causas.

5.3. La Iglesia nicaragüense debe enfrentar el gran desafío de **redescubrir su misión** dentro del contexto revolucionario. Dentro de ese contexto no ha desaparecido la tarea de la Iglesia de proclamar la buena noticia al pueblo; más bien debería brillar con luz más radiante. A partir de la nueva situación, la llamada cristiana a evangelizar a todo el pueblo de Nicaragua y especialmente a los pobres debería oírse más fuerte que nunca. La fe, la esperanza y el amor al Padre de Jesucristo deberán hacerse operativos por medio de una auténtica lucha por la justicia. Aprendiendo de pasadas experiencias de la Iglesia universal, la Iglesia

nicaragüense encontrará el modo de encarnarse en las nuevas estructuras revolucionarias de la sociedad. Nada que no haya sido asumido en la encarnación puede ser redimido; y en los procesos revolucionarios, lo mismo que en los procesos de renovación eclesial, hay también pecadores que deben ser redimidos. Para una Iglesia dotada con la fuerza del Espíritu, el reto que estoy señalando no debería ser considerado como idealista, algo así como una misión imposible.

5.4. El caso de Nicaragua no puede aislarse del contexto de Centroamérica ni de un contexto internacional más amplio. Dentro de la Iglesia Católica, lo mismo que dentro de otras Iglesias, muchas personas e instituciones han intentado -merced a la gracia de Dios- ayudar a la Iglesia Católica nicargüense a superar su presente unidad conflictiva. Sin duda que proseguirán con esa fraternal tarea. Estamos muy agradecidos por estas contribuciones y contamos con ellas como verdadera solidaridad que busca superar la crisis en que nos hallamos inmersos. Mirando hacia el futuro con los ojos penetrantes de la esperanza, veo tanto en la Iglesia como en el Estado revolucionario compromisos de diálogo, cuya autenticidad no tengo ningún derecho a poner en duda. Sobre la base de estos compromisos podría enraizarse la solidaridad cristiana con Nicaragua.

6. Una llamada final.

Quiero terminar dando gracias al Centro Teológico de Woodstock por la oportunidad que me ha dado de hablar sobre este tema tan importante para quienes vivimos en Nicaragua y trabajamos en la Iglesia Católica que está en Nicaragua. Pero tengo algo que pedirles. Suele decirse que nosotros los latinoamericanos echamos a otros la culpa de nuestros errores y problemas. Tal afirmación debería también analizarse con honesta objetividad. En cualquier caso, su país, su pueblo y las Iglesias norteamericanas no pueden rehuir el papel que tienen de contribuir a crear al menos las condiciones indispensables para una mayor comprensión dentro de la Iglesia y entre Iglesia y Estado en Nicaragua. Si nuestro país es invadido, si las operaciones encubiertas en contra de la revolución se incrementan más agresivamente todavía, si la distorsión sobre la situación nicaragüense sigue siendo cuidadosamente cultivada en imágenes y palabras por los medios de comunicación, continuarán también inflamándose más las pasiones en Nicaragua. Habrá gente de este país -y de Nicaragua- que argüirán que si la "presión" -como la llaman- sobre el gobierno nicaragüense deja

de ejercerse, entonces el gobierno quedará más consolidado y se atreverá a perseguir a la Iglesia con mayor audacia. Es este uno de los más destacados ejemplos de fanatismo y cínica distorsión. Las palabras "presión sobre el gobierno de Nicaragua" encubren ya un millar de muertes de ciudadanos nicaragüenses, muchos de ellos asesinados con inenarrable crueldad por ex-guardias nacionales de Somoza a los que la CIA ha proporcionado "encubiertamente" armas. Esto debería hacer reflexionar a las conciencias cristianas de quienes me están escuchando esta noche.

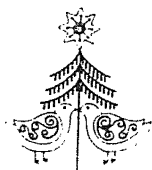
Por otra parte, ¿si la intransigencia cede ante el realismo de tolerar la existencia independiente de un régimen revolucionario, si se pone fin a la agresión y Nicaragua puede finalmente comenzar a construir una nueva sociedad en paz, también la comprensión dentro de la Iglesia y entre Iglesia y Estado podría hacerse menos difícil y penosa.

Nicaragua sigue ofreciendo conversaciones sinceras y francas al gobierno de los Estados Unidos. ¿Cuándo y hasta qué punto será posible que las puertas del rico se abran al pobre sin humillarlo? ¿Cuándo y hasta qué punto las voces de los pobres serán oídas por los ricos? Hasta el momento no percibo esa voluntad de prestar honradamente oído a la voz de Nicaragua. Escudándose en la acusación de que el gobierno de Nicaragua es engañoso y marxista-leninista, el gobierno de este país rehusa a la Nicaragua revolucionaria el derecho a emerger como nación verdaderamente independiente, el derecho a ser escuchada honorablemente. En lugar de esta voluntad, somos testigos de una positiva determinación de eliminar la Nicaragua revolucionaria, de destruirla y aniquilarla a cualquier precio.

Para evitar hasta ahora este terrible resultado de la presente crisis, para hacer más improbable que Nicaragua se aleje irremediabilmente del nuevo modelo revolucionario que esta tratando de poner en marcha, la Iglesia Católica y otras Iglesias de los Estados Unidos han jugado un papel verdaderamente relevante. Por favor no desfallezcan en esta tarea.

Tomando del Arzobispo Romero sus casi últimas palabras antes de su asesinato, les diré a ustedes: "Les ruego, les suplico en el nombre de Dios, en el nombre del pueblo y la Iglesia nicaragüenses", hagan cuanto esté en su poder para que Nicaragua deje de ser permanentemente hostigada, de modo que la paz pueda establecerse en ese país antes de que la destrucción, como

anteriormente en Vietnam, se haga bárbaramente irreparable. Pido a toda la gente de buena voluntad de los Estados Unidos que hagan más fácil el tan necesario diálogo no arrojando más leña al fuego del odio y de la distorsión.



La paz es, ante todo, obra de la justicia. Supone y exige la instauración de un orden justo en el que los hombres puedan realizarse como hombres, en donde su dignidad sea respetada, sus legítimas aspiraciones satisfechas, su acceso a la verdad reconocida, su libertad personal garantizada. Un orden en el que los hombres no sean objetos, sino agentes de su propia historia. Allí, pues, donde existen injustas desigualdades entre hombres y naciones se atenta contra la paz.

Medellín